

puestas á topar primero con tierra, y dejaba que lo precediesen á él, no curándose de nada en aquel supremo instante, sino de dar con el apetecido hallazgo. Tocóle tal buen acaso á la *Pinta*. Eran las dos, poco más ó menos, cuando el centelleo de las estrellas y á las fosforescencias del mar, un tripulante, sevillano, de ojo certerísimo, hecho, como los ojos del ave nocturna y del gato doméstico, á ver en las tinieblas, gritó: ¡tierra! Y en cuanto el marino gritó, ¡tierra!, Martín Alonso Pinzón soltó un cañonazo, cuyo estampido resonó con resonancias portadoras de infinitos consuelos en las tres hipnotizadas tripulaciones, las cuales no daban fe al testimonio de los sentidos propios tras tantas perplejidades y angustias. Nunca debió estar Colón más fuera de sí, entre nerviosas agitaciones y eléctricos sacudimientos, como al encontrarse con la tierra buscada enfrente y no poder verla. Sus oídos se aguzarían á percibir y sus ojos á columbrar el misterio ya escudriñado por la propia idea y cubierto en minutos parecidos á eternidades por la negra noche. Cualquier ligero accidente podía malograr el encuentro; cualquier mal apercebida traza destruir la obra en aquel extraordinario momento. ¡Cuán fácil cosa en la orilla perderse y ahogarse! Largas noches las noches de Octubre ya; tardo el día próximo venidero. Colón hubiese querido arrancar el paño de las tinieblas al mundo encontrado por su fe viva y por su constancia incontrastable. ¿Qué sería? ¿Sería un edén ó sería un desierto? ¿Les aguardaba el cumplimiento de una esperanza tan acariciada ó el dolor de un desengaño monstruoso? La tierra invenida, ¿valdría el trabajo y el tiempo en ella



consumidos? Quizas les aguardaban monstruos, capaces de acometerlos con rabia hidrófoba y razas capaces de recibirlos con resistencias cruentas y guerras y combates á muerte. Quizás resultaría un páramo sin fauna y sin flora y sin pobladores y sin productos y sin provechos, impropio para devolver en cosecha de bienes todo cuanto había pedido de afanes. Dos profecías batallaban á la continua en los presentimientos de Colón: religiosa la una y materialista la otra. Parecíale unas veces que debía encontrar el paraíso devuelto á la humanidad, el paraíso de los primeros días de la creación, cuyas reminiscencias llevamos á la continua dentro del alma, en conformidad con sus efusiones místicas de franciscano laico y militante; y parecíale otras veces que iba con el Preste cristiano de las Indias á topar, puesto el buen Juan, según le llamaban, sobre un trono áureo y bajo un pabellón de perlas y brillantes y rubíes y zafiros, en conformidad con lo leído para desempeñar su ministerio de inventor y cosmógrafo. Por fin rayó el alba. Por fin, al resplandor perla de la suave alborada, se fué dibujando el islote, de suyo parecido en sus risueños deslumbradores aspectos á nueva creación. Así como en las regiones del Norte aparece la tierra más hermosa tras una mañana de neblinas disipadas al resplandor del sol de mediodía, este intervalo entre los tenebrosos misterios de la noche y los claros efluvios del alba debió hacer que resaltaran á los ojos del descubridor las tierras aquéllas bajo un cielo azul y etéreo; sobre un mar jaspeado con toda suerte de colores; dentro de un cinturón de arrecifes que parecían pie-

dras peciosas; con alfombras de arenales áureos tendidos por las riberas recortadas á modo de anfiteatro; con un puerto hecho por la naturaleza misma en graciosísimo recodo de la ensenada, tan profunda cual quieta al amor de sus dormidas aguas; por monte cónico rematadas, muy semejante á espléndida corona; revestidas de árboles gigantes, cargados con frutos llenos de mieles y flores llenas de aromas; con huertos de ramilletes ceñidos y de aves poblados, despidiendo esencias gustosas al olfato y gorjeos acariciadores del oído; con un lago en medio, lago de agua dulce, cuyos cristales repetían en sus reflejos aquella natural hermosura y cuyos vapores refrigeraban el ambiente, de suyo caluroso: espectáculos increíbles á la vista, entonces alucinada y extática, como si resultase, al cumplirse tan vivo deseo, la victoria definitiva el mayor de los engaños y la realidad cierta el mayor de los embustes. Colón volvió á ese magnético estado á que la ciencia llama hipnosis, nervioso desarreglo producido tanto por excesos de alegría como por excesos de dolor, en los cuales parece cualquiera un sonámbulo que sueña despierto y que anda dormido. El éxtasis debió seguir á esta grande alucinación. Y en el éxtasis debió haber muchos efectos de la sorpresa, pues no creía cumplido el deseo, aunque ya logrado; y muchos arrebatos de la religiosidad, atribuyendo á milagro del cielo aquella increíble aparición en el espacio; y muchos júbilos del ánimo desatinados al golpe de tales nuevas emociones juntas; y muy grande admiración, rayana con el embobamiento producido en los seres enamorados por las personas amadas; y una



contemplación como aquélla puesta por el venerable pintor Angélico en los rostros de sus místicos, arrobados al escuchar las melodías angélicas ó ver la Santa Trinidad. El paso desde la mar solitaria é inacabable al islote, de campestre vida muy henchido y rebosante, debía parecerse al paso del espacio sin luz al espacio iluminado por la palabra creadora en los primeros versículos del *Génesis*. Colón se ciñó las más ricas vestiduras y se arrolló al hombro un manto de roja púrpura; con una mano asió la espada del combate y con la otra mano asió la cruz del Redentor; hizo que le cubrieran la cabeza como un palio los pabellones recamados de oro en que iban bordadas las cifras Reales de realce y la castellana corona; llamó como corte y cortejo de aquella ceremonia sin precedente á todos los compañeros más conspicuos de su navegación; y desembarcando con solemnidad majestuosa, hincó la rodilla en tierra, puso la mirada en Dios, alzó á las alturas los brazos, y después entonó en coro con los suyos un *Te Deum*, semejante al que los ejércitos españoles cantaron desde Covadonga hasta las Navas en aquella gigantesca empresa de la reconquista, concluída en la torre de la Vela y premiada con la surrección milagrosa, no de un mundo nuevo, de una nueva creación. El milagro se hizo y se hizo por la fe. Leyendo quien estas líneas escribe un soneto del gran poeta Schiller, encontró en él un pensamiento filosófico tan original como profundo, por el cual incitaba con entusiasmo al descubridor á que anduviese adelante, pues un mundo surgiría para él de cualquier modo: que cuanto el genio promete la Naturaleza siempre lo cum-

ple. Y comenté y amplié yo así tal pensamiento, con él concluyo esta parte del relato de la invención: «Al contemplar este poema lo más vivo, lo más real y verdadero, lo más luminoso encontrado en él es el triunfo de la fe. Para cruzar los mares de la vida, hay que embarcarse, pues, en la fe. En esa nave se embarcó sin recelo alguno Colón y encontró al término de su viaje un Nuevo Mundo. Si este mundo no hubiera existido, lo creara Dios en la soledad del Atlántico, tan sólo para premiar la fe y la constancia de aquel hombre. Se descubrió América porque Colón tuvo fe viva en su ideal, fe viva en sí mismo, fe viva en su Dios.»